

LA TERQUEDAD DE LA HOJA

Rosely Quijano León y Rodrigo E. Ordóñez Sosa

No cabe duda que muchas cosas, a lo largo del tiempo, perduran, otras desaparecen y algunas solamente van cambiando. Este es el caso del libro, que en pleno siglo XXI sigue vigente, aunque muchos auguran su muerte con las nuevas tecnologías y diseños, como lo es el audio libro o el libro en CD-Rom. Lo cierto es que a lo largo de la historia el libro ha modificado su formato y presentación. Muchas veces, las imprentas innovaron y adaptaron los diseños, sin embargo su esencia, la de transmitir y preservar el conocimiento humano, no se ha perdido y no se perderá jamás. Todo tiene que adaptarse a las nuevas generaciones y avances tecnológicos; de hecho, la imprenta de Gutenberg fue uno de ellos en su momento.

Hoy en día, así como hay quienes opinan que el libro va a desaparecer y que, de hecho, ya está siendo sustituido por otros formatos como los libros electrónicos, también hay muchos que le pronostican un futuro más prometedor, como es el caso de Roger Chartier, quien opina que “lo ideal sería publicar en forma impresa y después hacerlo en su forma electrónica, como una manera de coexistencia, de articulación, pensada por el escritor mismo”. Es decir, ampliar la posibilidad de comunicar del texto, abarcar el número de lectores utilizando todos los avances tecnológicos, en vez de verlos como un enemigo que acabará con la tradición, convertir los formatos electrónicos en una herramienta más para mantener el objetivo del libro: transmitir conocimientos e ideas.

La polémica seguramente continuará por mucho tiempo, pero si hacemos una retrospectiva para ver los cambios que ha habido en los formatos del libro, nos daremos cuenta que no es la primera vez que se enfrenta a este problema. Pese a los obstáculos y los cambios en la tecnología, se siguen publicando, abriendo editoriales y los lectores, claro está, siguen comprándolos. Leer un libro es para muchos una tradición.

No existe una fecha exacta ni el nombre del inventor del libro, pero se cree que sus inicios se encuentran en Mesopotamia, pues ahí se conoció lo que se llama escritura cuneiforme en unas tablillas de arcilla, de aproximadamente siete centímetros de ancho, que podían llevarse cómodamente en la mano. Sin embargo, no todos los libros mesopotámicos eran de ese tamaño, un ejemplo es el código legal asirio, encontrado en Assur, en un monolito que medía 6.20 metros cuadrados y cuyo texto está escrito en ambos lados en columnas. Obviamente, por su tamaño este libro era exclusivamente para ser consultado y no podía trasladarse como las tablillas.



En el siglo I se escribía sobre papiros y su producción era exclusiva de los egipcios, aunque, a partir del siglo IV, el pergamino fue el material preferido en toda Europa para fabricar libros. La incomodidad de los rollos propició cambios, como el formato de códice, cuyo diseño permitía al lector pasar a otras páginas y tener en sus manos la totalidad de la obra. Tan variable era el formato que se dice que en Francia, en 1527, el rey Francisco I estipuló tamaños estandarizados de papel para todo su reino, encarcelando a quien no cumpliera con las especificaciones dictadas.

En la Edad Media, los libros más comunes eran los de oraciones o “libro de horas” como se les conocía. Estos libros tenían varios elementos ornamentales y eso hacía que su precio variara. Incluso, a finales del siglo XV, los ilustradores flamencos que dominaban el comercio en Europa realizaban el equivalente actual a las mesas de regalos para bodas, en las que ofrecían libros. Por cierto, en 1940 se realizó como regalo de bodas para Ana de Bretaña un libro de horas del tamaño de su mano. De manera contraria a este minúsculo ejemplar, en épocas pasadas fueron útiles para la iglesia católica libros en formatos muy grandes, decorados en bronce o marfil, que se colocaban sobre un atril en el centro del coro. En la biblioteca de St. Gall, Suiza, existe uno de estos libros que contiene una selección de textos litúrgicos en una letra tan grande que puede observarse a metros de distancia. Se dice que era tal la magnitud de estos libros, que tenían que ser movidos con rodillos.

No sólo el tamaño del libro fue variando a lo largo del tiempo, pues también surgieron innovaciones para leer los diferentes formatos, a fin de que el lector estuviera cómodo a la hora de realizar la lectura. Este es el caso de la Mesa de Lectura Rotatoria de Agostino Ramelli, quien la inventa en 1588, y cuya finalidad era que una persona pudiera leer una gran cantidad de libros sin moverse de su lugar. Otro invento similar fue la silla conocida como Pelea de Gallos, que se fabricó en Inglaterra a comienzos del siglo XVIII especialmente para bibliotecas. Esta silla consistía en brindar comodidad al lector, pues éste se sentaba a

horcajadas y tenía un atril para asentar el libro sin necesidad de sostenerlo todo el tiempo.

Todos estos inventos y cambios en el formato habrían de reducirse con la invención de la imprenta a mediados del siglo XV en Europa, gracias a Johannes Gensfleisch zur Laden zum Gutenberg, mejor conocido como Johann Gutenberg. Su invento produjo efectos inmediatos, pues apenas un año después de la impresión de la primera Biblia se comenzaron a instalar imprentas en toda Europa. Al inicio se trataba de conservar el estilo de los copistas con una letra elegante, pero el humanista italiano Aldo Manuzio el Viejo introduce un formato de letra más legible y el tamaño del libro en octavo, lo cual los hacía mucho más baratos. Así, el libro pasó de ser una señal de riqueza a ser símbolo de aristocracia intelectual e instrumento esencial para los estudiantes.

En el siglo XIX, los editores comenzaron a ser conscientes de que el tamaño del libro y el material eran importantes, así que comenzaron a realizar los libros de viajeros, con un material y tamaño que se adaptara a las necesidades de la gente que acostumbraba leer durante sus viajes, de tal manera que en Londres se instalan, en las estaciones de trenes, los primeros quioscos, que hasta hoy en día existen, donde se vendían revistas, periódicos y ediciones de libros para viajeros.

Otro tipo de libro fue el Libro-Abecedario, que se utilizó desde el siglo XVI al XIX y que estaba elaborado con madera, medía unos 23 cms de largo y 13 ó 15 de ancho, llevaba impreso el alfabeto, los nueve dígitos y, en ocasiones, el padre nuestro. Este libro servía para instruir a los niños. Es curioso cómo en la actualidad los niños tienen millones de opciones en libros para iniciarse en el mundo de la lectura y la escritura y a pesar de ello, cada vez hay menos lectores en el mundo.

El libro ha subsistido a diferentes tamaños, materiales y formatos, desde el más pequeño del mundo, que algunos dicen que es una biblia y otros afirman que se trata de un libro escrito en Holanda en 1673 titulado *Jardín de flores*, que mide 1.2 por 0.8 cm. Contrariamente, está el libro más grande del mundo, que algunos consideran que es el libro de John James Audubon titulado *Pájaros de América*, publicado en 1827. Pero también en la red podemos encontrar otros datos con esta misma categoría, pues se le atribuye también al *Codex Gigas* o *La biblia del diablo* que consta de 624 páginas y pesa 75 kilos. Sin embargo, los Records Guinness le atribuyen esta mención a un libro de fotografías del Himalaya que tiene una superficie de 3.15 metros cuadrados y un peso de 60.5 kilos.

Otra curiosidad del libro se ubica en 1475, cuando un clérigo de origen noble llamado Jean de Montchenu ideó

un libro en forma de corazón que incluía poesías de amor ilustradas, y que demuestra que la forma y el contenido, ambas, son importantes, además de que pueden ser muy originales y románticas. Similar a esta presentación está la de los *Viajes de Gulliver*, diseñada por Bruce Rogers para el Club de Ediciones Limitadas de Nueva York en 1950, que presenta dos volúmenes: uno de tamaño liliputiense y otro brobdingnagiano.

La misma terquedad del libro se manifestó en la creciente industria de las fotocopiadoras, las cuales, si bien representaban una opción económica para muchos pese a la violación de los derechos de autor, mantenían inmutable la esencia de transmitir y preservar los conocimientos. De nuevo se pronosticó la desaparición del libro y la quiebra de la industria editorial, más sin embargo, ésta prosigue en constante crecimiento, con formatos novedosos y diversos niveles de calidad y precios.

En los últimos años, las librerías diversificaron las editoriales en sus anaqueles para ofrecer varias opciones a los lectores, desde precios accesibles y ediciones de lujo para coleccionistas. Al contrario de los malos presagios, los libros han demostrado adaptarse a los cambios para mantenerse. El más pequeño o el más grande, el más costoso o el más barato, lo cierto es que el libro tiene infinidad de presentaciones y formatos y seguramente se seguirán inventando formas nuevas, pero la sensación de tener en las manos uno de ellos, de sentir la textura de sus páginas, del color y las imágenes de la portada, del formato de la letra, e incluso del olor a nuevo o viejo que a muchos suelen gustarle, seguramente no desaparecerán y el libro seguirá siendo un acompañante ideal en cualquier parte y en cualquier momento. Sólo que no hay que exagerar, como lo hacía en el siglo X en Persia el gran visir al-Sahib ibn Abbad Abd al-Qasim, quien, para no separarse de su colección de 17,000 libros, los transportaba durante sus viajes en una caravana con cuatrocientos camellos adiestrados para caminar en orden alfabético. Una verdadera excentricidad. Hoy en día la tecnología digital permite sustituir a los camellos, pero la necesidad de la presencia física del libro, sin duda, nunca podrá suplantarse. ■

Rodrigo Ernesto Ordóñez Sosa (Mexicano, 1979). Licenciado en Ciencias Antropológicas por la UADY. Parte de su obra poética está recopilada en la antología *Venturas, Nubes y Estridencias*, en *Nuevas Voces en el Laberinto*, en el suplemento cultural *Arena* del periódico *Excelsior* y en la revista *Camino Blanco*. En ensayo, está recopilada en el libro *Cuadernos de Ensayos Universitarios* y la revista *Andanzas y Tribulaciones*. Fue colaborador del periódico *Tribuna de Yucatán*. Asimismo, tiene colaboraciones en la sección de cultura del periódico *Por Esto!* Es presidente de la Red Literaria del Sureste-Nuestra América.

Rosely Elizabeth Quijano León (Mexicana, 1980). Licenciada en Ciencias Antropológicas por la UADY. Actualmente es docente de nivel medio superior en el plantel Cobay de Kanasín y cursa su maestría de Español en la Escuela Normal Superior. Ha publicado en *Cuadernos de Ensayos Universitarios*. Pertenece actualmente a la Red Literaria del Sureste-Nuestra América.